

LA NOVELA ESPIRITUAL QUE MARCARÁ TU VIDA

Hania Czajkowski

# MORGANA

El Camino Naranja



Hania Czajkowski

**Morgana. El Camino Naranja**

Grijalbo

*Dios mío, líbrame de las medias tintas, de los "no puedo", de los "no sé", de los "quizás". Quiero encontrar al amor de mi vida, emprender con él un largo viaje a tierras lejanas, volverme invulnerable, conocer los antiguos secretos, transformarme en maga y ser inmortal. Amén.*

## Capítulo 1

### DIOS MÍO, ¿QUÉ ESTOY HACIENDO EN ESTA TIERRA?

Quería gritar, aullar, romper en pedazos todo ese escenario tan blanco, tan impecable y tan minimalista. ¿Por qué vivimos esta vida tan árida y nadie se rebela?, me pregunté mientras, llorando, tomaba lentamente un café en Sex & Sex, el más fashion de los puntos de encuentro de mi ciudad. Un agujero se estaba abriendo en mi pecho, justo a la altura del corazón. Algo andaba muy mal en mi mundo y en el mundo. ¿Cómo seguir adelante? *Las claves atlantes de la cuarta dimensión*, el último libro que acababa de comprar, permanecía cerrado sobre la mesa y ya no me hacía feliz. ¿Qué estoy haciendo en esta tierra? Mi vida se está derrumbando. El mundo es un caos, todos están asustados y yo también, pero nadie reacciona. Estoy sola, como todos, y mi corazón se está volviendo de piedra, como el de todos, me dije con los ojos nublados de tristeza, tan nublados como el cielo de Buenos Aires en esa tarde de otoño. El BlackBerry estaba sonando. ¿Para qué contestar? Los rayos anunciaban lluvias, tormentas, estallidos, quiebres irreversibles.

Soy Morgana Swiatlowsky, padre y madre ateos, ambos psicoanalistas lacanianos. Soltera, treinta y cinco años, arquitecta. Vivo en Buenos Aires, en un hermoso loft redon-

do, un silo de trigo de una ex fábrica, ahora un súper fashion refugio de gente convencida de haber triunfado en la vida. Tengo piscina, gimnasio, room service, cine privado. Tendría que estar agradecida. No debería estar llorando. Soy independiente, eficiente, responsable. En una de las mayores crisis económicas de la historia, trabajo en mi propio estudio de arquitectura, tan blanco, tan árido y tan minimalista como este café en el que no hay ni una planta. "No quedan bien", dice Robert, mi querido socio gay. "Nada de naturaleza. Rompe la onda despojada." En el estudio vivimos a los zarpazos, como corresponde a los tiempos que corren. ¿Hay otra alternativa? Voy al gimnasio cinco veces por semana, mi dieta es súper light y aburrida, y estoy delgada, también como corresponde. ¿Hay otra alternativa? Sí, hago un seminario de espiritualidad tras otro, pero nunca practico nada de lo que aprendo. Mi estudio está frente al río y tiene una vista extraordinaria, cafés extraordinarios, extraordinarios restaurantes cinco estrellas llenos de gente extraordinaria. Pero yo duermo siempre sola. Cumpló con todos los requisitos para sobrevivir en este mundo de acuerdo con las pautas establecidas, pero mi angustia crece, y crece. Mido un metro setenta, soy joven, rubia, delgada, alegre, interesante, según la opinión de todos. Estoy en condiciones óptimas para encontrar al amor de mi vida. Pero nunca lo llegué a conocer. Tengo todo a favor, y sin embargo voy por todos lados con un cuchillo clavado en mi pecho.

Había empezado a llorar con más fuerza. Los mozos iban y venían, una y otra vez, traían cafés, otros cafés y tés de hierbas de la India, de Tailandia y de las Maldivias. Todos

aparentaban estar tan cómodos en Sex & Sex, mi café. Todos menos yo, aunque Sex & Sex ya fuese mi segunda casa. Una tan casa fría como las cumbres del Himalaya, impersonal, anónima, árida. Pero allí, al menos, no estaba tan sola como en el loft. ¿Cómo sacarme esta desazón que me carcome el alma? El vacío en mi pecho se estaba volviendo más y más profundo. Dios mío, Dios mío, ayúdame. Estoy perdida. Apoyé los codos en la mesa, puse mi cabeza entre mis manos y estallé en sollozos.

—¡Basta, Morgana! —susurró alguien cerca de mí—. Basta de llorar. ¿Bebiste del Pozo de la Amargura? Estás atrapada en el mundo viejo. ¡Despierta!

Me enjuagué las lágrimas con el borde de la manga y abrí los ojos para ver de dónde provenía la voz.

—¡Basta de vivir sufriendo, Morgana! —dijo, enojada—. ¿Dónde está tu proverbial sentido del humor? ¿Así que eres espiritual? Entonces, ¿por qué vives una vida tan triste y egoísta?

Era, apenas, una niña de cinco o seis años. Sucia, desaliñada. Acurrucada en un rincón de la mesa, me miraba fijo, con el ceño fruncido. No podía creerlo. La miré otra vez. Era igual a mí cuando era pequeña. Noté que, a pesar de su aspecto desamparado, sus grandes ojos celestes irradiaban chispas de alegría. Me guiñó un ojo.

—Tenemos que hablar. Todas —dijo señalándolas.

Me quedé sin aliento. Había tres personas más sentadas a mi mesa. Esto resultaba, por lo menos, insólito. ¿Quiénes eran estas desconocidas? Nadie las había invitado. Me quedé inmóvil. Ellas, también. Las miré. Me miraron. Estaba rodeada por una réplica de mí misma multiplicada por cuatro.

Éramos idénticas pero, al mismo tiempo muy diferentes. Me restregué los ojos. Seguían allí.

—Sí, tenemos que hablar —dijo muy seria.

Sentí que se me helaba la sangre. Era igual a mí. No había dudas. Era yo misma, otra Morgana.

—Nuestra vida es una opereta. Todo es una mentira —acotó encogiéndose de hombros.

—¿Quién eres tú? —pregunté temblando.

—Morgana. La Arquitecta. ¿Y tú?

Tuve que tragar saliva. Con su cuadernito de apuntes en la mano, otra Morgana me miraba con expresión soñadora y ausente.

—Soy la Buscadora Espiritual —aclaró—. Todo es posible y nada es lo que parece. No me sorprende verme multiplicada por cuatro. Después de todo, la vida es un misterio y todo es para bien, ¿no creen? —dijo mirando alrededor.

Se me erizó la piel. Frente a mí, otra Morgana me miraba asombrada. La reconocí enseguida. ¡Tantas veces la había visto en el espejo! Me atravesó el alma con una mirada abismal, infinitamente triste, desamparada. No había dudas. No tenía que presentarse. Era yo, la Soltera Desorientada. Se me estrujó el corazón. Ella desvió su mirada para observar ansiosamente a todos los que entraban en el café.

—Amigas, no nos preguntemos qué está sucediendo —se adelantó la Arquitecta tomando el control de la situación—. No quiero saber lo que está pasando y además me da mucho miedo. Neguemos toda evidencia de que podríamos estar locas, locas de remate, y hagamos de cuenta que todo es normal.

Todas asentimos, casi petrificadas.

—Y antes de que desaparezcan, en caso de que sean solo una visión, quiero dejar en claro mi posición: estoy por colapsar. Sépanlo. ¡No aguanto más! —lanzó la Arquitecta—. La crisis mundial es una realidad, no sabemos cuándo va a terminar ni qué ocurrirá después. Y mientras tanto, ¿cómo vivimos todos los días? ¡Manteniéndonos a flote, defendiéndonos, tapando el miedo! Dios me perdone. Es interesante ser arquitecta, pero me hartaron las señoras fastidiosas, al borde de la histeria, con las que tengo que elegir amorosamente los cerámicos de sus espectaculares baños, tema trascendental como hay pocos en medio de esta situación caótica. Todo el sistema se está derrumbando y ellas ni se enteraron —se quejó amargamente.

Las cuatro meneamos la cabeza. Sabíamos de qué estaba hablando.

—¿Por qué ellas no sienten que algo anda muy mal en el mundo? ¿Por qué son tan egoístas? ¿Por qué el color de los cerámicos de sus baños resulta un tema tan fundamental y yo tengo que ser cómplice de esta aberración dedicando horas preciosas de mi vida para elegirlos con ellas? ¿Beige o café? ¿Rojos atrevidos o negros dramáticos? ¿Eso es todo? ¿Eh?

—No, no es todo. Los hay también verdes pastorales y azules celestiales —acotó la Buscadora con sorna.

—Me llaman a mi BlackBerry desde el spa. Me mandan un mensaje de texto tras otro, hasta que atiendo. Por el tono, me doy cuenta de que están a punto de tener un ataque de pánico. “Arquitecta, ¿me arriesgo a que el baño del piso de arriba sea rojo atrevido? Tengo miedo de equivocarme. ¿A usted qué le parece? ¡Contésteme, por favor!”

Me parece bien. Todo me parece bien. “Tomaremos ese riesgo, señora.” Y también me llama Roberto porque nos plantaron los carpinteros. Y la empleada, avisándome que no puede venir a limpiar el loft. Y mis amigas, contándome sobre sus últimas desilusiones amorosas. Y cuando abro alguna página para leer las noticias online, tiemblo de miedo. Europa se derrumba. América Latina está en estado de ebullición. Las fronteras se cierran. El mundo entero está colapsando. Y yo sigo enredada en una trama de tontas situaciones sin sentido, todo el día. Y ahí, entonces, me derrumbo yo también. Tengo miedo, mucho miedo, me siento sola, y busco a los ángeles, pero no los veo, ni los escucho, ni los siento. Desconecto el BlackBerry y me quedo todo el día en mi hermoso loft, oculta bajo las sábanas, con Copérnico, mi amado gato Copérnico, que me mira fijo, muy fijo, como si supiera lo que me está pasando. Llamo a la terapeuta, y ella llama a su supervisora. Y ambas me derivan al psiquiatra, que me receta antidepresivos y antiimpulsivos para tapar mi angustia. Y para que no me desquite comiendo kilos de helados acompañados con vino tinto para después no comer durante una semana. Ya lo hice muchas veces.

—Lo sabemos —acoté colorada—. Y los pedidos de delivery no bajan de un kilo. Lo que dices es verdad. Copérnico nos observa todo el tiempo y saca sus implacables conclusiones de gato. Él debe de saber algo que nosotras desconocemos.

—Estoy tan avergonzada de mí misma —la Arquitecta me atravesó con una mirada desgarradora—. ¿Qué clase de vida es esta?

—Pero te encanta la arquitectura, te gusta hacer proyectos. Eres muy buena diseñando, tienes talento. Vamos, no todo está tan mal en nuestro mundo.

—Sí, es cierto, pero ¿qué clase de arquitecta soy en realidad? Jamás voy a las obras, allí me siento perdida. Los obreros no me hacen caso y no aceptan ser dirigidos por una mujer. Hacen pis delante de mí. Por eso va Robert, nuestro amoroso socio gay —agregó riéndose—. A él le encantan las obras... están llenas de hombres. Y también van a las obras nuestros empleados, ese fantástico equipo de colaboradores que nos acompaña —dijo con sarcasmo.

—¡Qué buena onda! —comentó la Buscadora Espiritual—. Así es, en el estudio somos casi una comunidad.

—Sí, sí, una “comunidad” —siguió de pronto la Arquitecta, roja e indignada—. Sí, una hermosa “comunidad” regida por el terror. Lo reitero: nuestra vida es una gran mentira tapada por sonrisas tan dulces como falsas. Ellos son leales, rectos y eficientes. Tienen que serlo. Si no, estarían despedidos al instante. ¿Verdad? ¿Y nosotros? ¡Ah! Nosotros somos bien perros y los tenemos siempre bajo control, asustados. Al borde del colapso. Al fin y al cabo, ahora que el mundo se está cayendo a pedazos, todos tendremos que aceptar las antiquísimas reglas del juego. ¡Sálvese quien pueda! ¿No es cierto? ¿Qué dicen, amigas? ¿Está bien lo que hacemos en nuestra “comunidad”? ¿Eh? ¿Así que somos espirituales? ¡Contesten!

La Buscadora Espiritual miró hacia otro lado. Estaba visiblemente perturbada. La Soltera, en tanto, detuvo su mirada en un señor que acababa de entrar. Yo me quedé paralizada.

—¿Cómo hacemos para que no nos carcoma la conciencia en esta hermosa “comunidad”? ¿Quieren que se los recuerde? —gritó la Arquitecta, roja como un tomate, totalmente fuera de sí—. ¡Nos disociamos! Nos evadimos. Ponemos las cosas en distintos casilleros, lo espiritual en unos, lo material en otros y el corazón en ninguna parte. Y así llegamos a este estado de angustia imparable —golpeó el puño contra la mesa—. ¿Nadie tiene algo para decir? Esta es una vida violenta.

La pequeña Morgana susurró:

—Es cierto... Es muy alto el costo que tenemos que pagar por vivir así.

—No lo paguemos más —sugerí tímidamente.

—Aunque no sea muy espiritual lo que les voy a decir ahora —agregó la Arquitecta—, soy más feliz cuando estoy en Guatemala, en la playa, en una simple cabaña frente al mar, con un amante ocasional. Allá no me entero de que las acciones de la bolsa se están desplomando y además no las necesito, gasto veinte dólares por día. Y lo mejor de todo es que allá no me hace falta chatear con señores aterrados de encontrarse conmigo. Allí los señores están libres del miedo al compromiso, al menos por un tiempo.

—Muy cierto —acotó la Soltera—, y “aterrados” es la palabra exacta.

—El único que me da amor de verdad es Copérnico. Él es auténtico y percibe que tengo clavado un cuchillo en el pecho, porque es gato —gritó la Arquitecta otra vez alterada, roja, enojada—. No sirve vivir así. Pero ¿cuál es la alternativa? ¿Hacerme Hare Krishna? ¿Monja? ¿Prostituta?

—Cálmate. Nos estás haciendo quedar mal. Así no lograremos conocer a nadie interesante —le pidió la Soltera mientras miraba para todos lados.

—¡Cállate de una vez! —le gritó ofuscada—. No encontraremos a nadie que valga la pena si seguimos viviendo disociadas. Debemos hacer algo.

—Quería recordarte que el amor no se busca, se cruza en nuestro camino, lo dicen todos los seminarios —acotó la Buscadora mirando a la Soltera con aires celestiales.

—A mí solo se me cruzan los desahuciados, los interesados, los perdidos y los bloqueados. Y uno que otro gay no asumido —ironizó la Arquitecta.

—Ya llegará nuestra alma gemela. No claudiques —fue el consejo de la Buscadora, y sonrió compasivamente—. Todo está bien, pero te recuerdo que hay que pagar los seminarios, y los buenos son muy caros —agregó con un tono extrañamente realista.

—Estoy atrapada. ¡No las aguanto más! —volvió a gritar la Arquitecta—. Renuncio.

La miramos aterrorizadas. Nuestra supervivencia económica se estaba desmoronando.

—Yo te entiendo. Cuesta enfrentar la vida concreta en este mundo en crisis, y la realidad es muy diferente de todo lo que aprendemos. Sé que nuestra vida debería ser luminosa, y no lo es —dijo la Buscadora, diplomática—. ¿Qué hacemos?

—Me avergüenzas —se ofuscó la Arquitecta—. “Debería ser luminosa.” La vida no es un seminario. Es otra cosa. ¿Todavía no te diste cuenta?

La Buscadora la miró azorada. Y yo no pude contener la risa. Esta reunión conmigo misma, además de increíble, era trágica.

—Es cierto, pero para saber más, no hay otra salida que seguir estudiando. ¿No creen?

Todas la miramos con sorna.

—Eres una bola de contradicciones —le dije enojada—. ¿En tus manos ponemos nuestra evolución? Tú no puedes guiarnos a ninguna parte. Tenemos que recapitular nuestra espiritualidad. Así no podemos seguir.

—No quiero hablar más con ustedes —balbuceó la Buscadora mientras estallaba en sollozos—. Pararé ahora mismo este diálogo interno. No me conviene, y no sé si es tan espiritual. Cierro los ojos, respiro profundo y voy a meditar un rato. Shanti. Ommmmmmmm. Paz. Paz. Paz —y se quedó inmóvil, como de piedra. Ya no estaba allí. Se había escapado al mundo astral.

Nos quedamos de una pieza. De pronto, la Soltera Desorientada se puso de pie.

—¡Basta! Lo único que necesitamos es amor. ¡Ah! Amar apasionadamente, indomablemente. Yo quiero vivir un amor romántico, arriesgado. Quiero saber cómo es rendirse a un sentimiento, y no solo verlo en películas. Vivir sin un amor así es muy aburrido. Es como vivir sin aire para respirar. No podemos seguir así. Tengo un agujero en el pecho que es cada vez más hondo. Estoy triste. Hagamos algo —imploró con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Mírenme bien! Aunque trate de disimularlo, soy una patética Soltera Desorientada, una linda mendiga de amor. Angustiada y triste, sosteniendo mi independencia. ¿Independencia de qué?,

me pregunto. No nos engañemos. La verdad es esta: cuando abrimos la puerta de nuestro elegante loft, estamos solas, siempre solas. No compartimos nada con nadie. Nadie nos escucha y no escuchamos a nadie. No participamos de la felicidad de nadie. ¿No sería más interesante dormirnos envueltas en un abrazo masculino que nos transporte al cielo y despertarnos sintiendo el aliento del otro en nuestro rostro? ¿Se puede vivir así? ¿Sin besos, sin abrazos, sin sexo? ¿Por qué no nos rebelamos de verdad? ¿Para qué estamos en esta tierra si vivimos sin amor? El amor es lo más sagrado de esta existencia.

—Es cierto —dijimos todas a coro.

—Dios mío, ¿qué podemos hacer para cambiar? —pregunté mirando alrededor.

Se sintió un tenso y largo silencio. Podíamos cortar el aire con un cuchillo. La Arquitecta carraspeó, la Buscadora se encogió de hombros.

—Yo sé qué tenemos que hacer —susurró, entonces, la Niña—. Recuperemos los colores de la vida. Volvamos a nuestra inocencia. Yo jamás entregaré mi alegría a nada ni a nadie. Yo estoy siempre feliz. Confío. ¿Qué les pasa a todas ustedes? ¿Se han vuelto locas?

Nadie respondió. Y entonces la Arquitecta rogó esperanzada:

—Por favor, dinos cuál es la solución.

—No hay felicidad posible sin escuchar nuestro corazón. Tenemos que despertar de este sopor. Hay un mundo maravilloso y lleno de aventuras esperándonos. Lo sé. Debemos cambiar antes de que sea demasiado tarde. ¡La vida es bella!

Sus palabras nos conmovieron. Apuntaban directo al corazón.

—Mírenme bien. Yo aparecí aquí para mostrarles un espejo: este es el verdadero estado de todas nosotras, y de la mayoría de las personas en la actualidad. Somos pobres. El primer paso es asumirlo —dijo, y mostró sus harapos.

Nos miramos. Miramos a todos los que nos rodeaban.

—No es cierto —dijo la Arquitecta—. Nosotras estamos bien vestidas y todos los del café también. No somos pobres. ¿Qué quieres decirnos?

—Todos aquí parecen estar muy satisfechos y ocupados —dijo la Soltera—. Ninguno aparenta tener conflicto alguno. Y nadie está harapiento, salvo tú, niña.

—¿Ah sí? Miren otra vez con los ojos del alma. Todos los “felices” que están aquí tomando café también sufren, aunque lo disimulen —remató—. Nosotras, al igual que ellos, estamos andrajosas. Vivimos una vida virtual. Somos pobres de amor, pobres de luz. ¿Entienden? Todos los que estamos aquí necesitamos una dosis urgente de fraternidad, de vitalidad, de alegría. Miren, miren desde el alma.

Volvimos a observar alrededor, y no pudimos creer lo que estábamos viendo ahora. El café se había transformado en un lugar lleno de pordioseros harapientos, todos contraídos, encorvados sobre sus laptops y encerrados en sí mismos. Nos miramos nuevamente. La Niña tenía razón. Nosotras estábamos tan andrajosas como ellos.

—Es hora de luchar, de levantarse —nos arengó implacable—. Hace mucho que intento que me escuchen —y se puso de pie de un salto—. ¡Busquemos un buen amor! ¡Persegamos algún sueño! ¡Temblemos de pasión! ¿Se acuerdan